


AÑO IV N.º 152

1907



PAGINAS ILUSTRADAS

REVISTA SEMANAL

Director,

Próspero Calderón

LITERATURA
CIENCIAS
ARTES
&

San José de Costa Rica
Tipografía Nacional



PÁGINAS ILUSTRADAS

Cuerpo de redacción

Sección científica

Don J. Fidel Tristan

Don Anastasio Alfaro

Sección literaria

Don Claudio González Rucavado

Don Daniel Ureña

Sección europea

Dr. Don Teodoro Picado (Calibán)

Sección social

Don Justo A. Facio (Gastón de Silva)

Revista de revistas

Don Enrique Hine Sabarío

Corresponsal en España (Barcelona)

Don César Nieto

CORRESPONSAL EN PANAMA

Don León Fernández Guardia

Colaboradores fotográficos

Don H. N. Radt

Sres. Paynter Bros.

Don Fernando Zamora

Don Max. Radin

Don Federico Mori C.

Fotografador,

Don Próspero Calderón

NOTAS

Damos el más sentido pésame á la familia de don José M.ª Villanea por la muerte de la virtuosa señora doña Pilar Zamora de Villanea.

* * *

Ha muerto doña Paula Rodríguez de Mora.—Reciba su familia nuestro pésame sentido.

* * *

Ha regresado al país nuestro distinguido amigo y colaborador don Francisco Lloret Bellido.

Reciba nuestro atento y cariñoso saludo.

El 21 del presente mes, y en los salones del Club Costa Rica, se reunieron los señores miembros del Ateneo de Costa Rica con el objeto de elegir en propiedad la Directiva de la naciente asociación.

Verificado el escrutinio respectivo, dió el resultado siguiente:

Presidente, don Justo A. Facio.

Vice-presidentes, don Luis Torres Acevedo y don Ricardo Fernández Guardia.

Secretarios, Lcidos. Alejandro Alvarado Q. y Ernesto Martín.

Vocales, señores Anastasio Alfaro, F. Montero Barrantes, Joaquín García Monge, Tomás Povedano y Alejandro Aguilar Mora.

Como se ve, la elección no ha podido ser más acertada, y dado el entusiasmo que hay en todos los miembros del Ateneo, puede asegurarse que la hermosa idea será dentro de poco coronada por el más completo éxito.

* * *

Don Silvio Selva se ha servido enviarnos un folleto que con el título de *Cuartillas Políticas* acaba de publicar en esta capital.

Agradecemos el obsequio de dicho folleto.

* * *

Don Francisco P. Ruiz y señora han tenido la bondad de participarnos el próximo enlace de su hija Joaquina con el señor don Juan Félix Núñez Gutiérrez.

Al dar las gracias por la fina atención, hacemos los más fervientes votos por la dicha completa de tan simpática pareja.

* * *

La preciosa revista *Femina*, de Santiago de Cuba, publica, en el número 15, correspondiente al 10 de este mes, el retrato de nuestro compañero de redacción don Daniel Ureña y honrosas frases acerca de su personalidad literaria.

Tal galantería, que apreciamos en lo mucho que vale, compromete nuestra gratitud de compañerismo; y por esa bondad enviamos á las ilustradas redactoras de *Femina* las más expresivas muestras de reconocimiento.

* * *

A fines de esta semana ha quedado listo, para ponerse á la venta, dentro de pocos días, el nuevo libro *Topacios* de nuestro distinguido amigo é inteligente escritor don Rafael Angel Troyo.

Páginas Ilustradas

✻ Revista Semanal ✻

Año IV



Director, Próspero Calderón



No. 152

Aquella tarde

Te dije mis anhelos y tus ojos
me hablaron de las sombras del abismo.
en tu faz florecieron lises rojos
y mi alma altiva te adoró de hinojos
en tanto que alargabas tu mutismo.

¡Qué hermosa tarde aquella!..— Los poetas,
proferiste al través de una sonrisa,
descubren las nostalgias más secretas
y saben lo que dicen las violetas....
¿lo has comprendido mi alma de Eloísa?—

Me hablaste de tu amor —hecho universo—
y brillaron cual soles tus pupilas;
la negra mariposa de mi verso
buscó el geranio de tu labio terso
y aquella tarde deshojó sus lilas.

¿Fue acaso el dulce discurrir de un sueño
aquel minuto de placer y calma?
Sólo sé que bebí de tu beleño
y durante el sopor del grato ensueño
brilló una estrella en el azul de mi alma.

Lisimaco Chavarría

Costa Rica—1907

IX

Tan fecundo como el Cisne de Pésaro, el siracusano Juan Pacini (1796-1866), fatiga á los críticos y les arranca honoríficos juicios, con más de un centenar de óperas, á cuya cabeza figuran *El último día de Pompeya*, *Niobe*, *Saffo* y *Los Arabes en la Galia*. Los grandes hechos de la historia italiana ofrecen vasto campo á la inspiración de este compositor, que llega á creerse en sus últimos años menospreciado, por cuanto no obtiene con *Juana de Arco*, todo el éxito que ambiciona, motivo por que guarda su peñola desde entonces, y se retira á la vida silenciosa.

En las postrimerías del siglo del vapor y de la electricidad, llora París la desaparición de un contemporáneo de Verdi, Ambrosio Thomas, sucesor de Auber, discípulo de Zimmermann y Kalkbrenner, de Douren y de Le Sueur, maestro laureado en tres ocasiones, que hace sentir el peso de su talento musical con *Hamlet*, y agrega nuevo esplendor á su nombre con *Mignon*, que alcanza una serie de cuatrocientas representaciones en la "Ópera Cómica." Artista de vigorosos recursos y de numen indiscutible, tan pronto se muestra apasionado y sensual en *Caid* como rudo y galante en *Raymond*, sin que por ello escatime la elevación á sus otras obras, tales como *Angélica* y *Medora*, *Guille et Guillotin*, etc. La original contradanza de Cifolell (*La Cifolella*), impresa en 1745, resucitada por Kreutzer con otro nombre en 1816, bordada de maravillosas variaciones por Paganini é intercalada con astuta galantería por Rossini en su *Semiramis*, para agasajar el amor propio de la perla del Adriático, inspira también al maestro francés, su afamada ópera *El Carnaval de Venecia*.

En 1839 y cuando apenas cuenta veintidós años de edad, Carlos Francisco Gounod, discípulo de Halevy, de Paer y de Le Sueur obtiene el primer premio como contrapuntista en el Conservatorio de París. Sugerido por Palestrina, y movido por aficiones eclesiásticas, en Roma escribe una *Misa Solemne* y en Viena un *Requiem* y una *Misa* á voces solas. Las altas distinciones que obtiene con estas obras no bastan á sacarle de su aislamiento, y es necesario que transcurran doce años después de su primer triunfo, para que principie en Inglaterra á desposarse con la gloria, maga hermosa pero esquiva, que nunca entrega su mano sino después de someter á rudas pruebas á sus escogidos. Salido ya de la penumbra del olvido es mirado con especial curiosidad por las multitudes, y admirado por los mismos colosos del arte, *Saffo*, los coros de *Ulises*, *El Médico á pulos*, *Fausto*, escrito sobre el libreto de Carré y Barbier, inspirado en la primera parte de la sublime tragedia de Goethe, *Mirabelle*, delicada filigrana sobre el poema de Federico Mistral, *Roméo y Julieta*, *el Tributo de Zamora*, etc., etc., obras que contienen fesosos de instrumentación y melodía, forman la aureola de este genio, llamado á subyugar á los intelectuales, lo mismo en lo profano que en lo sagrado, como lo consigue siempre con su *Serenata á María Tudor*, y con su inmortal *Ave María*, sobre el preludio de Bach, torrente de espiritualidad sencillamente melódica, que remonta á los espíritus á un ambiente sereno y luminoso, en medio del más religioso respeto.

El aplaudido violinista francés Jacobo Offenbach (1819-1880), pulsa las aliciones de un público alegre y bullicioso, cuyo insaciable espíritu de trivialidad se resiente de las continuas situaciones dramáticas,

funda el teatro de los Bufos Parisienses, y lanzado ya á la vertiginosa corriente del arte de hacer reír compone su *Osseo en los Infernos*, *Barba Azul*, *La Gran Duquesa* y otras muchas partituras que le han valido el no envidiable renombre de Paul de Kock musical.

Monstruo musical, llama la Galatea, revista moscovita de 1839, á un niño de diez años, que se ha hecho aplaudir interpretando al piano con expresión y gracia sorprendentes, los más difíciles trozos de Hummel, Liszt, Talberg y Fild. Este niño, de origen semítico, lo mismo que Mendelssohn y Meyerbeer, es Antonio Rubinstein, el cual, como todos los talentos de su raza esencialmente cosmopolita, posee una extraordinaria facultad de asimilación. Su madre, mujer de elevada cultura artística, confía á Alejandro Villoing, reputado como la primera eminencia musical de Moscow, la educación del futuro émulo de Paganini y de Liszt. Madre é hijo á veces, en ocasiones maestro y discípulo, emprenden desde entonces una ruidosa peregrinación por las primeras capitales de Europa. Chopin y Liszt le abrazan con efusión en la sala Pleyel de París, y le proclaman su sucesor. Moscheles, arrebatado de entusiasmo le compara en Londres con Talberg, y Schumann no omite elogios para la primera obra titulada *Ondina* del infantil compositor. En Berlín, por consejo de Mendelssohn y Meyerbeer, se somete gustoso á las lecciones de Glinka, el fundador de la música nacional rusa, y á las del gran contrapuntista Dehn, maestro del anterior. En 1846 se traslada á Viena, y allí afirma sus habilidades de teclado con Liszt. De regreso á su patria, en 1858, y ante la necesidad que ha tenido de ir al extranjero en busca de la educación que Rusia no le podía facilitar, ayudado por la gran duquesa Helena funda la Sociedad musical rusa, después el Conservatorio de San Petersburgo, alma mater del compositor Tchaikowsky, de la célebre pianista Mme. Essipov, de la cantatriz Lavrowsky, del eminente crítico musical Laroche, y de otras muchas notabilidades. Por medio de su hermano, Nicolás funda el Conservatorio de Moscow. El producto sólo de sus conciertos de beneficencia se calcula en más de un millón de francos. Llegado al apogeo de su talento, nada, dicen sus biógrafos, más fascinador, más personal, más poético y más fogoso, que la interpretación que hace de los grandes maestros, en quienes encuentra efectos, que talvez éstos no habrían pensado indicar, y sobre los cuales él compone una obra verdaderamente nueva. A un djarista inglés le confiesa que ha gastado horas enteras al piano, procurando imitar la frase vocal de Rubini, por la frase instrumental. De 1872 á 1873 dedica ocho meses á su famoso viaje á América, donde se ve obligado dar dos ó tres conciertos diarios en diferentes ciudades, hasta completar la suma de 215 audiciones, y aunque él se lamenta de un trabajo casi mecánico, en que la dignidad del artista sale á veces maltratada, el viaje le reporta 200,000 francos de utilidad neta, que forman la base de su fortuna. Vuelto á la metrópoli rusa, compra una quinta, y en el sosiego de la familia, como el solitario de Santa Agata, se entrega febrilmente á la composición, su trabajo favorito, y allí escribe *Le Dénoué*, la mejor y la más célebre de sus óperas, *Los Macabeos*, *Néron*, *Moisés*, *La Sulamita*, *Gorionscha*, *Kaluschnikw*, etc.

El inmenso tesoro artístico de Rubinstein evoca el alma de todas las razas y de todos los pueblos, antiguos y modernos: sus argumentos reviven épocas de Egipto, Asiria, Juden, Grecia, Roma, Oriente, la antigua Sarmacia, el Cáucaso, la Siberia, Alemania, y hasta de España con el *Don Quijote*. El oratorio, drama religioso introducido en 1564

por San Felipe Neri en las solemnidades religiosas, y género musical en que han resplandecido maestros de nombrada, tiene en Rubinstein un continuador excelso con el *Paraiso perdido* y *La Torre de Babel*. El conquistador del Norte, como le llama "La Revista de los dos Mundos", enviado para verter en los pueblos gastados ó indiferentes la gota de la alegría y de la admiración, el coloso en lo moral y en lo físico, muere hace 13 años y á los 65 de edad, víctima de una traidora parálisis en el corazón.

Amficar Ponchielli, natural de Palermo (1834-1886), es otro de los abanderados de la ópera del siglo anterior. Su primera creación *Los Novios*, con libreto escrito por el renombrado Manzoni (*I Promessi Sposi*) después del estreno sufrió una variación en todo el último acto, para ser representada en la Scala de Milán, donde también se estrenó en 1876 la grandiosa ópera *Gioconda*, que siete años después había de obtener en el Covent-Garden de Londres, uno de los triunfos más completos del arte lírico dramático.

Carlos Camilo Saint-Saens (París, 1835), organista, pianista y director de orquesta, poco afortunado en sus primeras composiciones, no por falta de méritos artísticos, sino por la frialdad de los libretos que eligiera, tiene que transponer el Rhin, y buscar en Bruselas el aplauso franco y sin reservas de ninguna especie, que le niegan sus compatriotas, y allí lo consigue, ayudado noblemente por Listz, con su obra bíblica *Sansón y Dalila*, que desde 1877 hasta hoy ha recorrido triunfalmente los principales teatros del viejo mundo, antes de llegar al Metropolitan Opera House de Nueva York. *Henry y Etienne Marcel*, que encuentran abiertas las puertas de los teatros de París y Lyon, aseguran la reputación de este distinguido maestro, considerado como un talento sinfónico de primera fuerza.

En medio del océano musical parisiense, aparece en 1838 un genio precoz, que recibe las primeras direcciones en el ambiente artístico de su propia familia, una naturaleza privilegiada, que provoca la observación de los intelectuales, hasta llegar á captarse el cariño de Halévy de quien llega á ser discípulo y yerno, el apoyo y la dirección de Zimmermann, y el aplauso y consejos desinteresados de Gounod, trinidad de eminencias, que adivina en el niño extraordinario, el futuro luminar del arte, el poeta naturalista, predispuerto por la cooperación, casi inconsciente del medio social, y por la poderosa iniciativa con que se asimila ó rechaza extrañas influencias, á reflejar con sello personal las más recónditas emociones del espíritu, y á espigar indistintamente en el terreno de lo real ó de lo ideal. Este ungido de la gloria, por quien el arte viste de luto hace treinta y dos años, y Francia no cesa de tejer guirnaldas para engalanar la tumba de uno de sus inmortales, es Jorge Bizet, que á los 19 años comparte con Lecocq los honores del primer premio en un concurso promovido por el director de Los Bufos, sobre el libreto en un acto titulado *El Doctor Milagro*. Vinja después por Roma, escribe una *Marcha fúnebre*, cuyo tema es el mismo desarrollado en el tercer acto de su ópera *Los Pescadores de Perlas*, estrenada en 1863; compone *La bella hija de Perth* y algunas otras partituras que, si por deficiencias del argumento no arraigan en el teatro, sí reclaman preferente lugar en los grandes conciertos orquestales. Su última ópera *Carmen*, sobre una conmovedora leyenda del célebre romancista Próspero Merimée, arreglada por Halévy y Meilhac, obtiene en 1875 un éxito colosal, que desde entonces hasta nuestros días viene en progresión creciente, infiltrando en



Como se rompe un nudo

Narración histórica

I

El salón del balneario estaba aquella noche más concurrido que de costumbre. Junto al piano veíase un grupo de tres jóvenes, dos *ellos* y una *ella* que pedían con insistencia á otro sentado al instrumento algún número lírico bailable.

En uno de los testers del salón hallábase enfrascados en conversación tirada varios caballeros y señoras, ya de edad madura, padres y madres, probablemente, del enjambre de pollos y pollas que en parejas y grupitos, paseaban á lo largo del local en espera del resultado de la misión diplomática que había llevado al piano á los tres plenipotenciarios. Que ésta obtuvo completo éxito lo probó el preludio de un airoso vals, cuyos acordes tuvieron el don de despejar el centro del vasto salón haciendo que se recogieran hacia sus cuatro lados los que no quisieron ó no podían rendir homenaje á la traviesa diosa; y cerca de una de las puertas que daban acceso al parque del establecimiento arrellanándose cómodamente en otras tantas mecedoras, se situaron cinco individuos que, á juzgar por la poca atención que prestaban á lo que en el salón ocurría, debían ocuparse de algún grave asunto que la absorbía por completo. El que de los cinco aparentaba más edad, sin que esto quiera decir que fuera viejo, oía en silencio la animada charla de los otros cuatro que, con ribetes de discusión, no traspasaba empero los límites de amistosa, aun cuando alguno de ellos la sostenía con marcada viveza.

En realidad el asunto se prestaba. Tratábase, ó mejor dicho, comentábase un suceso ocurrido no hacía muchos días y que después de ser la comidilla obligada de todos, había ya pasado á la categoría de hecho histórico al alcance de todas las críticas, sirviendo de sabrosa tesis para todas las opiniones. Fué el tal, la forma precipitada con que había tenido que dejar aquel establecimiento, de salud ó de recreo, una señora obligada por la actitud, un tanto violenta, tomada por su marido, si poco tranquilizadora para la dama, en extremo elocuente y *persuasiva* para un joven bañista que, excesivamente amable, había tomado demasiado á pechos el distraer y acompañar á aquélla durante las forzadas ausencias del esposo.

El asunto se prestaba á toda clase de consideraciones y de una en otra se había venido á plantear el eterno problema del adulterio, y la más justa manera de castigarlo, en la mujer, por supuesto.

Las opiniones que se habían expuesto, eran para todos los gustos y temperamentos; soluciones trágicas; de persuasión, de levantada dignidad; de caritativo y generoso perdón; amigables, contemporalizadoras; de gradual violencia, sin llegar al drama, y no faltó quien preconizara la santa filosofía de la *ignorancia* como la más en armonía con la paz y tranquilidad domésticas. Se expusieron la multitud de causas y razones que pueden atenuar el adulterio femenino, y se buscó explicación, casi plausible en alguna de ellas, elevándolo á la categoría de abnegación y sacrificio cuando la brutal necesidad lo imponía. Las razones se repetían; las opiniones se acentuaban; pero no había posibilidad de hallar un punto de coincidencia, pues por sabido se calla que en ese vidrioso asunto, como en otros muchos, habla siempre más la costumbre, la rutina y el temperamento que la razón, la lógica y la justicia.

Se hizo, por fin, una pequeña pausa y en ella, el más viejo ó menos joven del grupo, callado hasta entonces, dijo:

—Yo sé de quien, por extraño que parezca, puso en práctien medios excepcionales para cortar ese *nudo gordiano*, que se llama matrimonio, cuando el enredo de la madeja hace imprescindible el uso de las tijeras.

—¿Cómo fué eso...? ¿Excepcionales, dice usted?

—Sí; excepcionales... á lo menos por los procedimientos empleados para llegar al fin.

—Y ¿cuál fué el fin?

—No está en el fin el interés del asunto aunque sea lo esencial. Ese fin, sin conocer los caminos que se siguieron para llegar á él, no demostraría nada más que un acto vulgar, legítimo ó ilegítimo, según se quiera, pero no nos mostraría el temperamento moral del que lo ejecutó. Para comprender ese temperamento, ó mejor dicho, para admirarle hay que conocer los detalles; y si ustedes tienen á bien oírme, sin interrumpir, como yo les he oído hasta ahora, les contaré un cuento histórico ó, si lo prefieren, una historia que parece cuento, dejando á ustedes en libertad completa para comentarla ó discutirla.

—Venga el cuento ó la historia, y desde este momento cosemos nuestras bocas y pegamos nuestras lenguas.

—Oigan, pues.

II

“Carlitos Millán era un buen muchacho en toda la extensión de la palabra. Tenía, siendo rico y ocupando una posición social distinguida y envidiada, las cualidades peculiares de los modestos. Huérfano del todo, rico, joven, guapo y elegante no le había pedido, cosa rara, su temperamento la vida de



Fot. F. Mora C.

Una vista en el puerto de Limón

locuras que es generalmente la de los que pueden disfrutar libremente de su juventud y su dinero.

Afable, pero serio; generoso pero no pródigo, apenas si podía contar, cuando se casó, más aventuras galantes que las que suelen salir al paso de todos los que dejan adivinar por su trato y por su porte que llevan bien provisto el bolsillo. No creía en las pasiones, porque él no las había sentido y sabía sostener con calma y parsimonia que la pasión es simplemente debilidad de carácter, y olvido, las más de las veces, de la propia dignidad.

Tomaba el amor en el sentido que se da á esa exigencia de la carne, como una necesidad corporal semejante al hambre y la sed. Su temperamento, ó acaso su firme voluntad, no lo llevaron nunca á costumbres que, sin llegar á la disipación, parece que forman parte integrante de la educación actual, puesto que generalmente son adoptadas por la mayoría de los jóvenes que se llaman distinguidos.

Su vida de estudio y tranquila, y en mucha parte su voluntad, que era firme, habían hecho de Carlos un carácter. Pero no significa esto que tuviera un genio intolerante ni mucho menos dominante, no. Discutía siempre con reposo; y hasta en esas ocasiones, inevitables en la juventud, en que se tienen, las más de las veces por razones nimias, choques violentos ó que pueden llegar á serlo, jamás Carlos se arrebató; trataba por el contrario y sin perder su calma Serena, de convencer ó terciar pacíficamente, llegando, todo lo más á la contracción facial y á la mirada penetrante que significaba en él el límite de la paciencia y de la tolerancia. Sólo en un punto era irreductible. No contemporizaba con las infidelidades conyugales ni en el hombre ni en la mujer, sosteniendo, y con ello no hacía más que reflejar su criterio, que hecho el pacto ó el contrato entre el varón y la hembra (la fórmula era para Carlos lo de menos; la palabra era lo que valía) lo mismo el esposo que la esposa debían sacrificarse el uno al otro, ahogando y dominando todo sentimiento que pudiese separarlos. Ya he dicho que no creía en las pasiones; ni las del espíritu ni las de la carne. Así y todo, ó quizás por eso, era un buen muchacho, lo repito; tan bueno que su bondad más que un profundo amor le llevó á amparar á una joven de humilde posición que perdió su padre y con él los medios de vida. Se casó, pues, llevando su ley en el alma y prometiéndose una vida tranquila dedicada al cuidado de su hacienda al lado de su mujer y de los hijos que ésta le concediera.

María, que así se llamaba la mujer de Carlos, era como él una muchacha muy buena. Sin madre desde que nació y viviendo siempre al cuidado de su padre, que adoraba en ella, no había aún tenido ocasión de saber nada del mundo, ni sus oídos fueron regalados con otras frases lisonjeras que las de Carlos, cuando meses antes de quedar ella huérfana, vino la casualidad á hacérselo conocer.

Ella sí se enamoró con toda la fuerza con que ese sentimiento desflora el corazón, y á ese amor se unió una gratitud profunda al verse llevada por Carlos al altar, lo que significaba para María, además de la satisfacción de su cariño, el término honroso y digno de una vida de privaciones, que era la que hasta entonces había conocido.

El alma de María era pura, absolutamente pura, como puro, absolutamente puro, era su cuerpo cuando se lo entregó á su marido. Mas el lecho conyugal fué para María una revelación, porque hasta entonces ignoraba ella cómo también la materia es exigente, y como se apodera del espíritu cuando la sangre se enciende y los sentidos mandan. Esa revelación, que María unió íntimamente con el amor á su marido, fué para ella una felicidad, pues creyó que Carlos aguijoneado también por las mismas exigencias, jamás había de sentir necesidad de reposo ó descanso, tanto más cuanto que adivinó con ese instinto femenino que nunca engaña, que Carlos ansiaba verse reproducido. María se prometió á sí misma la prodigalidad mayor en ese ramo.

Con estos antecedentes, hay que reírse de todos los colores azules y de rosa, de que nos hablan los poetas y novelistas para pintar las sublimidades del amor, ante los colores purísimos que iluminaban el cielo de Carlos y María en el que, ni la más tenue nubecilla obscurecía aquel espléndido sol de miel: llamarle luna era poco.

Pero las peticiones y concesiones reproductivas habían quedado limitadas á dos niñas muy bonitas, muy fresquitas y muy queriditas de sus papás, los que hacía ya cuatro años, edad de la menor, que habían puesto un compás de espera, voluntario ó involuntario, en aquella música *genésica*. Hay que saber que Carlos tenía entonces treinta y cuatro años y sólo veintinueve María.

Esta disfrutaba por completo y sin reserva ni limitación alguna de la holgada posición en que su matrimonio la había colocado. Carlos nada le escaseaba ni nada le negaba concediéndole una absoluta libertad, sin más excepción que la de admitir ó no ciertas relaciones de amistad, ramo de la vida social en el que Carlos tenía sus reservas y prevenciones. Pero sépase que esas reservas y prevenciones se referían más á las relaciones que pudiera adquirir su es-

posa con otras mujeres que las que, por su posición y las muchas amistades personales de Carlos, se veía en necesidad de sostener con hombres.

Esto parecía demostrar que Carlos, consecuente con su modo de ser, temía mucho más la influencia perniciosa de una amiga, que el ataque solapado ó cínico de un amigo. Seguro de su mujer, sabía que ésta tanto por amor como por gratitud, rechazaría cualquier indicación que en perjuicio de su decoro pudiera hacersele; pero no tenía confianza en el valor moral de María, ni acaso en su temperamento ardiente, por él bien conocido, para resistir á las reiteradas insinuaciones de una amiga fátua, coqueta ó algo peor que, á la larga, pudiera influir, cambiándole, en el carácter sincero y leal de María.

Poseedor Carlos de no escasas haciendas veíase obligado, cada quince ó veinte días, á pasar tres ó cuatro ausente de su casa sin que jamás hubiera preocupado su ánimo el más ligero temor respecto á la seguridad de su esposa



PAISAJE

durante esas ausencias ni, mucho menos, una mínima sospecha de que pudiera ser burlado.

Ahora debo decir que todo esto y lo que vendrá ocurrió en una villa de importancia de la isla de Cuba.

César Nieto

(Continúa)

Madre!

*a mi amigo TOBIAS VILLANEA en
la muerte de su querida madre*

En los rudos combates de la vida, cuando el hombre se siente desfallecer; cuando la desesperación nos estrecha con furia y el dolor hinca su diente en el corazón... sólo hallamos alivio en la ternura y el cariño de la madre que nos consuela y nos fortalece.

Tener madre es sentirse grande, es sentirse feliz. Por esa bendita anciana somos buenos; por ella algo valemos.

;Infelices de aquellos que no lo comprenden así!

Al darnos la vida, una madre ha arriesgado valerosamente la suya.

Y luego... cuántos desvelos por dar calor al fruto de sus entrañas, por alimentarlo con el dulce néctar de su pecho.

Más tarde, preocupada de nuestro porvenir, nos enseña á amar á Dios y á nuestro prójimo, y nos muestra las zarzas del camino de la vida y nos prepara para las luchas por la existencia; con un desinterés tan grande, que es capaz de ofrecer hasta la última gota de su sangre en cambio de nuestra felicidad.

Cuando ese ángel bienhechor levanta el vuelo hacia las regiones del misterio, dejando el hogar que sus alas protectoras cubrieron amorosas, es cuando se sufre del único dolor que hace verter lágrimas abundantes justificadas; y el hombre que en este caso no llora, no es hombre, ni siquiera animal, porque aun éste llora la pérdida de la que le dió el sér.

Cuando se ha tenido una madre buena, virtuosa, ejemplar, si el dolor de su desaparición es aún más intenso, también es cierto que cabe la inmensa satisfacción de que su memoria es sagrada para todo el mundo, de que su hermoso recuerdo da valor al hombre para soportar el peso enorme de la desgracia que el destino arroja sobre sí.

Yo aún soy feliz, porque mi felicidad consiste en tener viva á mi adorada viejecita. Tú, amigo Tobías, perdiste la tuya, perdiste esa felicidad incomparable; pero bien sé que en las noches de tu duelo, en medio de las sombras del dolor, bajará la imagen de tu madre á iluminar tu corazón, ese pedazo del suyo que ella en vida supo formar con sus sanos consejos y sus virtudes.

Daniel Wreña

Junio 27 de 1907.

—Entornad, hijas mías, la ventana:
que el vivo resplandor
que alegre y purifica la mañana,
aumenta mi dolor.
Venid más junto á mi y oíd juiciosas:
que pronto á morir voy.
Grabad en vuestras almas, mis hermosas,
el consejo que os doy.
Nunca anheléis el oro, que el dinero,
causa es de perdición:
y al que dicha y placer brinda primero,
dá luego humillación.
Vivid en el trabajo; virtuosas,
sed de piedad modelo:
así seréis queridas y dichosas,
y yo os veré del cielo.

Inclinó la cabeza sobre el pecho:
á sus hijas miró:
pero al mirarlas, en abrazo estrecho,
sonriéndose espiró.

¡Es preciso partir! Despierta, hermana:
has descansado ya.
De la ermita la luz brilla cercana,
y el sol se ocultó ya.
Has descansado ya. Canta la alondra,
meciéndose en su nido:
y de aquel lago de azuladas ondas,
se escucha el manso ruido.
Has descansado ya. Despierta hermana,
en la ermita recemos:
y allá en la gran ciudad Dios nos permita
que trabajo encontremos.
Y Marta, la mujer, que era morena,
de frescos labios rojos,
de cariñosa voz, negra melena,
y de rasgados ojos:
con Dália, la menor, cándida y pura,
de frente nacarada,
claras pupilas llenas de dulzura,
cabellera dorada,
llegaron á la ermita, y á la puerta
suavemente llamaron:
empujáronla al ver que estaba abierta,
y dentro penetraron.

—¡Que Dios os acompañe!—el ermitaño
A las hermanas dijo. —
Que la dicha encontréis, nunca el engaño;
y luego las bendijo.

De la grande ciudad ante la puerta,
una vieja encontraron
de flaco rostro, de mirada incierta,
y así la interrogaron:
—Decidnos, buena anciana, ¿ Es muy molesta
ganar allí la vida ?
—Luchas y afán y humillaciones cuesta,
hallar un pan, queridas;
si á vivir trabajando, vais, hermosas,
mucho padeceréis;
la senda del trabajo no es de rosas,
y quizás os veréis,
ateridas de frío, sin un lecho
en donde descansar.
Viviendo en un obscuro cuarto estrecho,
ó tal vez sin hogar.
Sois jóvenes y hermosas. Elegir
podéis vuestro camino.
Vivir entre el placer, joven morir,
será vuestro destino.
—¡ Vivir entre el placer ! ! Ser venturosa !—
Dijo Dalia anhelante;
y la codicia á su pupila hermosa,
dió un rayo fulgurante.
Y Marta preguntó:—¡ Vivir de amores !
pero luego, al final ?
Y la vieja repuso: —Los horrores
de un lecho de hospital!

Siguió Marta la senda del deber,
tuvo paz y consuelo;
en su trabajo honrado halló placer,
y no sintió otro anhelo.
Dalia arrastró su nombre por el lodo,
su vida, su hermosura;
perdiendo juventud, belleza, todo,
del vicio en la locura.

América

No dudamos de que la nueva producción del joven y laborioso literato gozará de completa aceptación.

Así lo deseamos.

**

Después de una larga temporada en Europa y Estados Unidos de Norte América, han regresado á Costa Rica el señor Doctor don Daniel Núñez y su distinguida esposa doña Julia Alvarez de Núñez.

Con ellos ha llegado nuestro apreciable amigo el Dr. don Alberto Alvarez Cañas, Cónsul General de Costa Rica en París.

Sean muy bienvenidos.

**

Hemos tenido el gusto de recibir el rer. n.º de la importante publicación titulada *Boletín de Estadística*, órgano de la Oficina General de Estadística de la República de Panamá y de la cual oficina es Director nuestro muy querido amigo y ex-compañero de labores en *Páginas Ilustradas*, don León Fernández Guardia.

Plácenos sobremanera ver que nuestro compatriota esté ocupando un puesto tan importante en la administración pública del ilustrado gobierno de nuestra hermana del sur, y no dudamos de que el señor Fernández Guardia será un colaborador distinguido, ya que su inteligencia y laboriosidad lo abonan para ello.

**

Saludamos muy cariñosamente á nuestro querido y buen amigo don Fernando Parraga, inteligente empleado de la United Fruit Co, en Bocas del Toro, quien después de larga permanencia en aquella localidad, se encuentra entre nosotros por algunos días.

**

Para el día 4 del presente mes se prepara en nuestro bello puerto del Atlántico una brillante fiesta en conmemoración de la independencia de los Estados Unidos de Norte América.

Forman el comité los señores R. J. Schweppe, Chester Donaldson, W. E. Mullins, Dr. Duke Goodman, Dr. Allen Jumel, Captain Robert Gilson, E. P. Schweppe, F. A. Hoyt y Cap. G. Edwards.

Auguramos para la patriótica fiesta un brillante resultado y damos las más

expresivas gracias al comité por la atenta invitación que se ha servido hacernos.

**

El Dr. don Elias Rojas, quien fué á la Argentina en comisión de nuestro Gobierno al Congreso Médico y después de haber cumplido satisfactoriamente su cometido, ha regresado á Costa Rica.

No ha muchos días, algunos diarios de esta capital reprodujeron artículos publicados en la prensa de la Argentina, los cuales fueron motivados por datos suministrados por el Doctor Rojas, y los cuales artículos hacen mucho honor á nuestro país.

Saludamos atentamente al Dr. Rojas.

**

Varios jóvenes costarricenses que hacen sus estudios en los Estados Unidos se encuentran entre nosotros gozando de las vacaciones.

Entre ellos hemos tenido el gusto de saludar á nuestros queridos amigos Jaime Esquivel S. y Félix Robert.

A todos ellos presentamos atento saludo.

**

Con el nombre de *Archivos do Museo Nacional de Rio Janeiro* hemos tenido el gusto de recibir un gran folleto, compuesto de 190 páginas, editado en la Imprenta Nacional del Brasil, y el cual folleto contiene, además, varias ilustraciones en fotografiado y en litografía en negro y en colores.

El folleto en referencia honra altamente por su contenido y por su nitidez de impresión el alto grado de progreso á que ha llegado aquel país hermano de la América del Sur.

Damos las gracias por el envío de tan importante documento y correspondemos gustosos al canje de nuestra humilde revista.

**

EL CAUDILLO DE LA INDUSTRIA

POX UPTON SINCLAIR

Esta novela habrá de causar honda sensación por diversos conceptos, y, en particular, porque pertenece á un género completamente nuevo y distinto de los frecuentes en las literaturas europeas.

El Caudillo de la Industria es, sin duda, una producción genuinamente norteamericana, pero lleva en sí interés é intención bastantes para merecer el universal aprecio. No es tan sólo un episodio de la vida yanqui, sino una profunda lección para

cuantos, desvanecidos por la fortuna, llegan á perder todo afecto humanitario y se convierten en verdaderos casos morbidos por el embotamiento de su sensibilidad.

En otros tiempos era, y lo es aún en muchos países, un héroe militar, un Napoleón, un Moltke, el que fríamente sacrificaba millares de vidas en aras de su ambición ó de sus proyectos de conquista; hoy es el industrial poderoso, el hombre de negocios, el gran financiero, quien sacrifica á millares de seres humanos, lanzándolos á la desesperación y á la ruina, para levantar sobre sus despojos la fábrica de sus inmensas riquezas.

Trátase, pues, de un nuevo tipo humano, muy diferente del que, en sus tiempos, pintaron Le Sage, Balzac, Dickens, Augier y aun el mismo Emilio Zola. Esos millonarios yanquis que saca á la escena Upton Sinclair son cosa nueva; su estudio ha dado lugar á una literatura que los norte-americanos llaman de *exposición* y viene á ser como la revelación de los tremendos crímenes que contra la sociedad se perpetran en las más elevadas esferas del mundo de los negocios: así la baja de los valores ferroviarios, los escándalos de Chicago, las inmensas malversaciones de capitales de las compañías de seguros sobre la vida, la ruina de las pequeñas industrias por el monopolio, etc.

Cabe, sin embargo, á Upton Sinclair el honor de haber inaugurado este nuevo género, pues si bien *El Caudillo de la Industria* apareció con posterioridad á las más celebradas novelas de *exposición*, y aun á la que el mismo autor escribió sobre las infamias de los fabricantes de embutidos y conservas de Chicago,—motivando con ella la información mandada practicar por el presidente Roosevelt,—la obra fué escrita con anterioridad, y no se publicó porque, á la sazón, manifestaron los editores que era *impublishable*, á causa de lo audaz de las pinturas y la trascendencia de la revelaciones sobre los agios financieros.

El prólogo estaba en que la forma literaria no quedase relegada á segundo término, ahogada por la fuerza de la narración; más precisamente ahí estriba el principal mérito de la novela, escrita con un vigor, un humorismo,—aunque muy amargo,—y una conciencia artística que producen verdadera admiración. El relato es un modelo de concisa exactitud, hasta el punto de recordar á Próspero Mérimée. Nada hay que hielgue en cuanto dice el autor, y pocas palabras le bastan para producir la impresión que pretende. El carácter de los personajes resulta, no de lo minucioso del análisis, sino de sus frases y de sus hechos; las descripciones son rápidas, pero están escogi-

dos de tal manera los rasgos determinantes, que no es menester más para que el lector se dé cuenta del lugar de los sucesos y del aspecto de los escens.

La vida del millonario, héroe de la novela, está trazada etapa por etapa, como si se tratara de la trayectoria que recorre desde su niñez hasta el punto lógico y fatal de su muerte.

A pesar de que los personajes pertenecen al mundo de los negocios, el argumento de al obra excede en fuerza dramática á la más patética invención de los novelistas europeos; las crisis, en plena sociedad metalizada, no ceden en horror trágico á las más formidables catástrofes del teatro griego, y es de ver cómo el Hado de los antiguos tiempos clásicos se deja sentir con igual inexorable fatalidad en el seno de la más moderna de las civilizaciones.

Trátase, en suma, como verá plenamente confirmado el lector, de un libro enteramente nuevo por su asunto, por su factura, por sus condiciones literarias, su inspiración y tendencias, á lo cual hay que añadir, si bien holgaría casi el decirlo tratándose de una producción norte-americana, que en nada ofende los más delicados sentimientos, habiendo el autor logrado decir cuanto quería sin necesidad de insistir, ni aun siquiera de enunciarlo; tal es la lógica de los sucesos y la habilidad con que los va presentando el novelista.

Con esta advertencia de lo que es la llamada *novela de exposición*, queda demostrado que hay un campo inmenso sin explorar todavía, siendo, precisamente, el más fértil en los actuales tiempos y aquel en donde se libran hoy las más terribles batallas, no por incruentas, menos mortíferas que las que siembran el estrago á cañonazos.

Era ya hora de salir de los eternos temas de la novela tradicional europea y preocuparse de los conflictos que trae aparejados la lucha por la vida, y aun mejor diríamos, el pugilato por el oro. La iniciativa ha partido de los Estados Unidos, pero en mayor ó menor escala se repite el caso en todas las naciones civilizadas, y, en consecuencia, ofrece *El Caudillo de la Industria* idéntico interés en América que en Europa. SALVAT Y C^{IA} S. EN C. EDITORES.-BARCELONA

MARIA DEL ROSARIO

OBRA DE DANIEL UREÑA

Libro del drama en 3 actos y en prosa

Se halla de venta:

Líbrería de Pont y C^{IA}

Líbrería de Iglesias Hnos.

Precio 1 colón